

DISPARATE PERPETUO EN UNA MURCIA PERDIDA

EMILIO DEL CARMELO TOMÁS LOBA
Universidad de Murcia

“El destino es un poder alicatado que en apariencia resulta tan esquivo, tan fortuito, tan aleatorio, y, sobre todo ello, tan fatalmente dominante, como cualquier otro, ya sea constitucional o no, y cuya sustancia se hace siempre presente a los sonos de una trasnochada estudiantina, pero que sirve para poner el colofón empalagoso de una guinda glaseada”... Frases como éstas, a través de un trasunto de verdades, en un continuo *aleph* de aforismos, nos depara el escritor Francisco J. Flores Arroyuelo en su obra *Juntos y revueltos en una Murcia perdida*¹ para, de esta forma, acompañarnos en una lectura que nos insinúa olores de una Murcia provinciana ya pretérita, focalizada ésta por un angosto cauce de imágenes en sepia mediante un magnífico pretexto de supuesta nostalgia. Es así que el autor perpetúa un listado de bosquejos biográficos bañados por los tintes de la ironía, la cual, como sabemos, es un recurso que tradicionalmente suele poner a cada uno en su sitio en el distorsionado sendero del recuerdo. No obstante, si nos adentramos en la lectura reposada, podremos atisbar el desarrollo de un continuo disparate no sólo de cuatro grandes *héroes*, sino de todo una Murcia oculta...

Nuestro recorrido, de esta forma, parte de una introducción en la que el autor bautiza su “generosa nómina de personalidades” con un membrete socarrón empapado en el estilo literario de los antiguos periódicos, la leyenda de algún que otro folletín o bando leído en un comercio desaparecido de la Trapería murciana (entonces calle del Príncipe Alfonso), o alguna fonda, tahona o botica del barrio murciano de San Antolín: “*Palabras más o menos oportunas pero necesarias para ir haciéndose a la idea de lo que viene a continuación*”.

¹ FLORES ARROYUELO, Francisco J., *Juntos y revueltos en una Murcia perdida (divertimento agrí-dulce)*, Azarbe, Murcia, 2008 (segunda edición).

Así, en una nutrida declaración de intenciones, el autor de *Entre casas blancas* (*La hora de la siesta*), *El Permiso*, *La Cadena*, *Soledad*, *Pedir un milagro*..., o el gran sabio Hua Ta Mi, nos aclara el porqué de su travesía fotográfica hecha relato. Y es en esta justificación donde el escritor advierte el talante grotesco del origen que da sentido a este volumen: la distinción, reconocimiento y condecoración de murcianos ilustres que han aportado su granito de arena a la no menos ilustre gloria del nombre de Murcia... El sabio y generoso lector advertirá, sin duda, la comicidad de la situación, palpable nada más dar comienzo a estos *aires murcianos de la urbe huertana*, en tan proceloso trabajo de elegir a cuatro figuras dignas de la posteridad, o a la inversa, que dignifiquen la historia con sus nombres alicatados en el trazo, no siempre bueno o adecuado, de algunas de las calles de Murcia.

Es por ello por lo que, catapultados desde la lectura de un prefacio, y un no menos certero título digno de cualquier elogio en el ámbito del sarcasmo, caminamos, a lo largo de cuatro relatos, por las glorietas de unas vidas mezcla de pena, abandono, ingenuidad, burla, ociosidad, calor, barbarie, costumbrismo urbano (que lo había por supuesto, no sólo huertano), mascarada, dosis ricas en virulencia..., en definitiva, nos adentramos por la hegemonía de personajes intrahistóricos en una Murcia valleincliniana, grotesca, más propia de las soflamas y bandos de un martes de carnaval, o Bando de la Huerta, que de la cordura y austeridad que algunos atribuyen, todavía hoy, a esa Murcia romántica, inexistente, con el lema o pretexto de que “todo pasado fue mejor” en un intento de restauración absurdo del pretérito.

Debido a la fortuita y necesaria reivindicación de figuras o personajes de la Murcia profunda que necesitan de su “guinda glaseada” para así acallar las voces de los supuestos héroes anónimos que invoca el pueblo, Flores Arroyuelo pasea la mirada del viandante provinciano por las excentricidades de *Don Lino Torres* (*Viajero y político de notables altibajos*), *Don Jesualdo Arce Marmoltell* (*Caballero español y reputado putero después de muerto*), *Don Pablo Corvina* (*Médico dermatólogo y ameno monoconversador*) y *Don Pedro Boluda* (*Barbero de oficio, practicante del Hospital Provincial de Murcia, y sobre todo ello, poeta*).

Nos sitúa el autor en un paradigmático confabulario murciano mediante el cual discurrimos, inexorablemente, hacia una especie de *callejón del gato* (cuyos espejos reflejan deformidades...) a pesar de los vanos intentos por alinear burocráticamente las figuras de estos cuatro insignes desde el Ayuntamiento de Murcia. Es así que, el disparate perpetuo, nos hace desembocar en el marco de una realidad provinciana y soez más cercana y real de lo que nos imaginamos al submundo urbano que, por aquellos años, se respiraba en la ciudad.

De esta forma, de don Lino Torres, político desmesurado, cuya vida estuvo sustentada en la exageración o el arrebató impetuoso, nos cuenta el escritor acerca de

su talento para *la nada* y el discurso vacío a través de un relato, éste, en torno a un bulo fomentado desde los círculos políticos del casino sobre el futuro del protagonista y el supuesto papel que habría de desempeñar en Madrid, ni más ni menos que al lado del Conde de Romanones... Tal noticia vaga por Murcia y acampa, como es debido, a sus anchas en el mentidero popular de la ciudad..., llegando a tal punto de credibilidad, o despropósito, que para el caso que nos centra es lo mismo, que el propio señor Torres decide viajar a Madrid a constatar tal sospecha, prácticamente dada ya por cierta... El problema es que, a su regreso, lo único que pudo traerse en la maleta del recuerdo herido fueron las palabras del barbero (gerente del local situado en frente del Palacio de las Cortes, famoso garito por el cual circulaban toda clase de comidillas): “a mí el tal Lino Torres, me toca los cataplínes, o séase, los genuinos cataplínes, y dicho lo reglamentario espero que me haya entendido de una vez lo que le expreso en papel timbrado por el bien de la humanidad”. El regreso del fracasado *Quijote de la política murciana* en tan alta empresa a los habitáculos del casino, con su pecera y horas muertas, estuvo marcado por un pasaje cómico de risas incontenidas, mofas, preguntas indiscretas sobre el estado del Conde de Romanones y cuestiones varias por el estilo... Es así que, “por Murcia, desde aquel momento hasta el de nuestros días, cuando un viaje resulta baldío no falta el que da cuentas de él diciendo que fue como el de don Lino Torres”.

De don Jesualdo Arce Marmoltell, cristiano empedernido, preso en la galera de su propia estancia matrimonial, nos cuenta el autor que consiguió un hito curioso: la condescendencia de un sector repudiado pero muy consumido por otra parte, todo hay que decirlo, como era el de la prostitución. Es así que en el día de su funeral acudirían a su entierro la totalidad de *la casa de la Bilbao* para gratificar, con su presencia, a tan generoso cliente... La historia, por supuesto, transcurre a lo largo de un sendero paralelo puesto que realmente “Don Jesualdo, con sus pocos kilos, tan pocos que apenas si marcaban una presencia humilde bajo el cobertor, hay que decirlo una vez más, murió como lo que había sido, como un santo un poco pasivo, pero santo a la postre”..., resulta ser don Alfonso Sierra, el apócrifo don Jesualdo tan asiduo a las “calloncas”... Lógicamente la vetusta, romántica, apostólica y romana Murcia del *dime y direte* volcaría sus comentarios, tras el entierro, en la figura del verdadero don Jesualdo con sentencias tales como “lo último que hubiera creído es que Jesualdo fuese un putero de reglamento”... Pero como Flores Arroyuelo nos relata, la verdad no es otra sino que “el resultado fue el que fue, y don Jesualdo, después de muerto, y a pesar de lo sonso que parecía y era, pasó a adquirir una fama de putañero de marca mayor, tal como le sucedió al Cid Campeador en otro campo, lo que le honró en lo que pudo ser y no ser, y que al final, decididamen-

te, terminó siéndolo, y con ello alcanzó a ser referencia obligada de cuantos gustan de ser amigos de estas buenas mozas”.

De don Pablo Corvina, médico de físico desafortunado y oficio, el de la dermatología, cuando menos incómodo ya que el cartel publicitario de su negocio señalaba “Especialista en piel, sífilis y venéreas”..., sabemos que era algo que no agradaba del todo a la madre de éste. Sin duda, la mejor y fiel clientela que estuvo a merced de la técnica de don Pablo fue la perteneciente a los prostíbulos *de la Bilbao* y *de la Eva*, casas de lenocinio que precisaban de los medios rigurosos del médico protagonista. No obstante, la aportación que hizo nuestro sagaz don Pablo al patrimonio de la Murcia profunda fue la de conversador “que con la práctica llegó a elevar a la máxima perfección y contundencia”. Es así que a todo aquel que pillaba en las Cuatro Esquinas y caía en sus redes, era presa de una conversación insaciable, voraz, monocorde, nada melismática y retomada o renacida de sus cenizas siempre por el doctor Corvina observaba síntomas de cansancio y agobio en su interlocutor. Nos cuenta el autor que “alguno que le había visto en la lejanía volvía sobre sus pasos avisando de que don Pablo Corvina estaba poco más adelante dispuesto a aplicar un poco de *pomada*, como era propio de su especialidad terapéutica”... Como era de esperar, ante tamaña espantada, un día el señor Corvina se apoltronó en su cama sin más meta que languidecer hasta el fin de sus días o la llegada del eterno descanso, o también..., como nos relata el autor, del descanso de los que le sufrieron: “Que descanse en paz, pues si él lo ha hecho, descansaremos también”.

Con don Pedro Boluda, ingenuo feliz, cuyo sino creativo estaba adscrito a la elaboración de una poesía obstinada al “perfecto de desatino”, paseamos en el afán de lo inestable, en la “rima parda y destartalada”, llegando incluso, como afirma Flores Arroyuelo, a la siguiente conclusión: “lo que don Pedro Boluda fue es un poeta vanguardista, un hombre que se adelantó a su tiempo, un moderno entre los modernos, un ser audaz, un creador de un ismo bien propio del canibalismo que fue a parar en el *boludismo*, corriente artística que hoy se estudia en varias universidades americanas por algunos desocupados, y que pronto llegará a España de donde nunca debía haber faltado”..., llevando así una cosa a otra: “Pocas veces se habrá dado un caso en las letras castellanas de mayor incontinencia verbal, de mayor asalto con sobresalto a la sintaxis, de terminante y definitivo atropello creador a la ortografía, de aplicación impresentable de rimas consonante-pintorescas y asonante-desequilibradas, de desventurado enjuague con buches aflorando por las narices a las reglas gramaticales, de una falta manifiesta de coordinación del pensamiento, etc., todo lo cual hace que su poesía, al comienzo del siglo XXI, sea vista como un verdadero ir por delante de su tiempo por pertenecer a las tandas y remesas poéticas que habrían de venir”.

En definitiva, la andanza por esta *urbana arcadia perdida* nos habrá situado, tras la lectura sin lugar a dudas placentera, mezcla de curiosidad y risa, en una Murcia no muy remota, enclavada en un inmediato pasado convertido, gracias a la mano de Francisco J. Flores Arroyuelo, en un presente histórico curioso, desconocido por los románticos y conocido por los olvidadizos, vivo en el teatro de un mundo provinciano en el cual una sociedad decidió encumbrar a unas personas en dioses de su tiempo por un tiempo o..., tal vez, por una eternidad..., para de esta forma, poder así forjar los entremeses, mojigangas, jácaras y pasos de un particular universo de antihéroes.

La aventura desproporcionada, guillada y delirante, irreflexiva, zarrapastrosa y soez tiene lugar aquí. Si gustan de la comedia..., adelante, tomen asiento y lean.